

A black and white photograph of a young man with curly hair, wearing a dark sweater, a patterned scarf, and a light-colored, textured cardigan. He is sitting in a chair, looking directly at the camera with a serious expression. The background is a dark, paneled wall.

Swansea,
de fiesta
Centenario de
Dylan Thomas

Jaime Augusto Shelley

Dylan Thomas, poeta. (Fotografía: Hulton Archive/Getty Images)

HACE CIEN AÑOS, el 27 de octubre de 1914, nació en la pequeña ciudad de Swansea, en el país de Gales, uno de los poetas más importantes del Reino Unido, Dylan Thomas. Lo más probable es que casi nadie lo conozca en México salvo por referencias. Se tradujo poco y mal al español, murió relativamente joven, el 9 de noviembre de 1963, a los treinta y nueve años en la ciudad de Nueva York, y sabemos que un cantante de ascendencia judía, en un arrebató emocional, asumió el nombre —Bob Dylan— y también algunos de sus versos. Eso, para los jóvenes amantes del rock.

Este país es, por antonomasia, de monolingües. Y con la mirada fija en su pasado. Se hacen de vez en vez cruzadas en defensa del español y cursos de mal inglés para los operadores de hoteles y restaurantes, sin mediar en ello la literatura; o una, tal vez, de rancio aroma decimonónico.

Es decir, me refiero a un personaje desconocido para la mayoría, sobre todo los jóvenes, criaturas indefensas frente al bombardeo inmisericorde del sistema mercado de la industria editorial en manos de mercachifles.

Volviendo a lo nuestro, Dylan era hijo de un maestro de inglés, muy bien leído y de una devota mujer de su hogar, de temperamento feliz. El dato más singular y definitorio de su vida se da por una secuencia de enfermedades desde su niñez. Se habla de tuberculosis hemorrágica y también de hepatitis. En mayor o menor grado, lo siguen afectando toda su vida. El poeta desarrolla desde temprana edad una morbosidad creciente respecto a su “inminente” muerte, algo que se ve reflejado en su poesía de forma prominente, no así en su prosa mucho más ligera, a ratos cargada de humor.

El padre de Dylan solía concurrir al *pub* casi todos los días, donde charlaba con los concurrentes y eran muy respetadas sus opiniones. Era también, al decir del biógrafo más reconocido del poeta, un excelente lector de poesía. Es obvio que ambos gustos los heredó el hijo, consumado bebedor de cerveza y whiskey y extraordinario lector de poesía, virtud que lo llevó a tener un

programa en la BBC (British Broadcastig Corporation) desde 1937 hasta 1953, año en que fallece.

Encuentro por fin una edición de sus poemas en español al fondo de un librero. Publicado por Fabril General Editora, en 1974, con loable traducción de Elizabeth Azcona Cranwell. Digo loable porque no es tarea fácil verter a nuestro idioma las formas peculiares de Thomas. Son textos en inglés, sí, pero con un sustrato galés muy complejo que logra arraigar con naturalidad sorprendente al lenguaje poético, de la misma manera que Joyce lo hace desde su vena irlandesa, clavando en el corazón del inglés una savia fresca, renovadora, nunca antes escuchada. Veamos un ejemplo con dos pequeños fragmentos del poema cuyo título es igual que el primer verso:

Si me hiciera cosquillas el roce del amor
si una niña tramposa me robara a su lado
y horadase sus pajas rompiendo mi vendado corazón,
si ese rojo escozor pudiera dar a luz
la risa en mis pulmones como pare el ganado,
no temería yo a la manzana ni al diluvio
ni a la sangre maligna de la primavera. (...)
¿Y qué es el roce? ¿La pluma de la muerte sobre el
nervio?
¿es tu boca, amor mío? ¿el abrojo en el beso?
¿Mi payaso de Cristo nacido sobre el árbol entre espinas?
Las palabras de la muerte son más secas aún que su mismo
[cadáver
y mis heridas llenas de palabras tienen las huellas de
tu pelo.
Me haría cosquillas el roce del amor, pues bien:
Hombre, ¡sé mi metáfora!
“Man, be my methafor!”

Cualquier poeta se sentiría glorificado al escribir un verso como éste. Y Dylan abunda en ellos.

Sus contemporáneos se sorprenden paso a paso, poema a poema, con la prodigiosa capacidad de imágenes que brotan de la pluma del autor.

Él pertenece a la generación llamada de los *fortys*, aunque publica desde 1938 sus primeros textos. En esta época, la presencia dominante sigue siendo T. S. Eliot,

por más esfuerzos que hace la generación de los treinta por desbancarlo mediante difamaciones e injurias. (S. Spender es quien más lo resiente, para luego caer en su inevitable laudatoria al maestro).

Pero la creciente popularidad de Thomas acaba asustando al renombrado Eliot. El programa de radio del galés llega a todos los rincones de habla inglesa. Cuando ocurre el primer bombardeo a Londres (en la Segunda Guerra Mundial), una de las víctimas es una niña y Dylan escribe y difunde ese domingo un poema:

Negativa a lamentar la muerte por fuego
de una niña en Londres

Jamás hasta que la humanidad hacedora
de la bestia, el pájaro y la flor,
del procrear y toda la oscuridad humillante,
diga con el silencio la última luz rompiente
y la hora tranquila
haya venido desde el mar brincando su montura,

y yo deba penetrar de nuevo
en el redondo Zion de la burbuja de agua
y en la sinagoga de la espiga
dejaré que la sombra de un sonido rece
o sembraré mi simiente de sal
en un mínimo valle de cilicio, por lamentar

la majestad y el arder de esta muerte de niña.
No asesinaré
la humanidad de su partida con una verdad grave
ni blasfemaré por las estaciones del aliento
con alguna tardía
elegía de inocencia y juventud.
Honda, con los primeros muertos yace la hija de Londres
ataviada por los amigos perdurables
los granos sin edad, las venas oscuras de su madre,
secreta junto al agua sin quejas
del Támesis jinete.
Tras la primera muerte ya no hay otra.

Eliot, seriamente amenazado, se pone con premura a escribir o reescribir sus *Cuartetos*, que andan en sus cuadernos desde que asistió a la cátedra de Henri Bergson en la Sorbona, mismos que empieza publicar, uno

por uno, buscando no perder su trono. La temprana muerte del bardo galés, le da un respiro e, indisputable, su acceso al premio Nobel.

Y ahora. Me temo, mucho ha de quedarse en el tintero, contra mi voluntad.

Como ese poema venido de la muerte de su padre, y para finalizar:

No entres dócilmente en esa noche quieta

No entres dócilmente en esa noche quieta.
la vejez debería delirar y arder cuando se cierra el día;
rabia, rabia, contra la agonía de luz.

Aunque los sabios al morir entiendan que la tiniebla
es justa,
porque sus palabras no ensartaron relámpagos
no entran dócilmente en esa noche quieta.

Los buenos, que tras la última inquietud lloran por
ese brillo
con que sus actos frágiles pudieron danzar en una bahía
verde
rabian, rabian contra la agonía de la luz.

Los locos que atraparon y cantaron al sol en su carrera
y aprenden, ya muy tarde, que llenaron de pena su
camino
no entran dócilmente en esa noche quieta.

Los solemnes, cercanos a la muerte, que ven con mirada
deslumbrante
cuánto los ojos ciegos pudieron alegrarse y arder como
meteoros
rabian, rabian contra la agonía de la luz.

Y tú mi padre, allí, en tu triste apogeo
maldice, bendice, que yo ahora imploro con la vehemen-
cia de tus lágrimas.

No entiendes dócilmente en esa noche quieta.
Rabia, rabia contra la agonía de la luz.

¡Felicidades a Swansea en la celebración del centenario del nacimiento del gran poeta! 🏴󠁧󠁢󠁥󠁮󠁧󠁿